



SAINETE POLÍTICO.

HARTZENBUSCH.

Ha muerto.

Envidiémosle, no por su muerte, sino por su vida.

Heredó un nombre desconocido y lo hizo ilustre.

Sus obras le aseguran la inmortalidad.

Ha muerto pobre cuando tan fácil es enriquecerse á costa de la vergüenza.

Honremos la memoria del literato insigne, y levantemos en nuestro pecho un altar al hombre digno.

La gloria puede falsificarse.

La honradez, no:

¿DÓNDE ESTÁ?

Quisiéramos escribir contra el Gobierno. ¿Pero dónde está el Gobierno? Ni se le ve ni se le oye por ninguna parte.

Casi vamos olvidándonos de los nombres de los ministros, lo cual, bien mirado, nada tiene de extraño. Todo aquello que las circunstancias y no el propio mérito engrandecen, se borra pronto de la memoria. Privilegiada sería la que guardase los nombres de tanto mamarracho como ha figurado de seis años acá.

Y volvemos á preguntar.

¿Dónde está el Gobierno? ¿Dónde se oculta? ¿Existe acaso?

No basta para afirmar su existencia el fijarse en el estado de la nación. El huracán, las inundaciones, el incendio, todas las calamidades dejan por largo tiempo rastro en la acción destructora. No había de ser una excepción el Gobierno del señor Cánovas.

¿Habrá desaparecido sin saberlo nosotros, como el oído no se apercebe del momento preciso en que se extingue el fragor del trueno que le ensordeció? Vaya usted á saberlo.

Pero exista ó no, esté cerca ó lejos, hablemos mal de él, para no exponernos á calumniarle.

La peste no se ve, y sin embargo, mata. Esto le pasa al Gobierno. No se le ve, pero su acción se siente y palpita en la indiferencia del país ante la próxima elección de diputados provinciales; en el incremento que toma la tropa fácil y el desarrollo de la elocuencia hidrofóbica en el

púlpito; en los ciento ochenta mil españoles emigrados en Argelia por no poder avenirse á tanto orden y tanta abundancia; en aquello que mata una actividad ó rechaza una aptitud. En todo esto se ve al Gobierno aunque personalmente no se le halla en parte alguna.

¿Estará descansando? ¿Estará enfermo? Hay un dato para creer que sea esto último, y es el afán con que por boca de sus órganos repite que está más sano que nunca. No hay un tísico en tercer grado que no crea y repita lo mismo cinco minutos ántes de morir.

¿Y fuerte y valiente? De algunos días á esta parte no habla más que de vencer, aniquilar y destruir al partido que se atreva á turbar ¿qué turbar? á soñar con que puede influir en la perturbación del orden varsoviano que se disfruta.

¡Pobrecillo Gobierno y desventurada prensa! Esos recursos son recursos de asustadizos y cobardes, fortalezas de tísico y postrimerias de Gonzalez Bravo.

Y si no, al tiempo.

DIÁLOGO.

Amanece.

Por todos los caminos y senderos que conducen á Azpeitia, patria de Ignacio de Loyola, avanza multitud abigarrada cual culebra inmensa que se arrastra pausadamente, ó bien como si fueran los genios de la noche que se retiraran á sus antros tenebrosos heridos por la luz del día.

El eco de sus pasos, retumbando á distancia, infunde miedo en el ánimo; parece que andan sobre tumbas abandonadas.

A la izquierda del camino que sigue el grupo más numeroso, álzase un montecillo cubierto de frondosa yerba salpicada de flores amarillas que doblan la cabeza aguardando el beso del sol que ha de animarlas secando la gota del rocío que la suave brisa depositó en sus cálices.

En un momento en que la legión de fantasmas desaparece en profundo barranco, muévase la tierra del montecillo, y un esqueleto álzase súbitamente, dirigiendo aterrado el hueco de sus ojos al lugar donde la fúnebre marcha resuena.

De pronto lanza un grito de espanto y se oculta tras una de las peñas que circuyen el montecillo; es que ha visto á la luz del crepúsculo delinarse los vagos contornos de aquel ejército de sombras, y ha reconocido las siniestras cataduras de los hombres negros que vió en el delirio de su agonía.

Innobles rostros animados por la idea de la venganza,

frentes arrugadas que llevan impresa la marca del odio, narices que olfatean con la alegría del tigre el sitio de la carnicería pasada; esto ve con payura el esqueleto cuyos huesos chocan entre sí produciendo un ruido que helaría la sangre en las venas del hombre más animoso.

Los ve acercarse, y en el paroxismo del terror no se atreve á moverse; y sólo tiene valor para decir con voz débil y cavernosa, inclinándose hácia la tumba:

—¡Juan!

No bien articula la palabra, cuando aparece otro esqueleto, exclamando:

—Aquí me tienes, Pedro. ¿Qué ocurre?

Y el interpelado, por toda contestacion, extiende el brazo.

—¿Qué es eso?

—¿No los reconoces?

—¡Cielos! ¡Son ellos! Sí, los que cavaron nuestra huesa en este sitio.

Y se arrima á su compañero que tiembla como él.

En esto un cántico, mitad religioso y mitad guerrero, plegaria y ataque, oracion y degüello, retumba en el espacio.

—¿No los oyes? van á celebrar la fiesta de San Ignacio, y en mayor número que ótras veces.

—¡Ah! Sí, como en otros tiempos. Aquellos que precedieron al sacrificio de la juventud española, á la ruina de la nacion. ¿Te acuerdas? Estábamos en nuestro pueblo cuando supimos la noticia. A los pocos meses nos separaron de nuestras madres para venir á combatirlos en estas montañas.

—¿No he de acordarme? ¡Pobre madre mia! Aquella separacion le causó la muerte.

—De cerro en cerro y de valle en valle, sufriendo hambre y sed, y frio, viendo caer á nuestro lado millares de infelices á los tiros de combatientes invisibles, luchamos rudamente por la libertad, hasta el día aquel en que caímos prisioneros y fuimos fusilados en este mismo sitio.

—Pero ¿es posible, Juan, que á los tres años, y estando en el poder el mismo Gobierno que los venció, puedan estos hombres hacer alardes como el que estamos viendo?

—¡Ay, Pedro! Voy sospechando que tanta sangre derramada va á resultar estéril para la libertad, y que tantos huesos como blanquean las cimas de estas montañas sólo van á servir para abonar la tierra que nos cubre.

Gritos furiosos y atronadores interrumpen el diálogo; el graznido de una bandada de buitres responde á los peregrinos, á tiempo que un hombre negro dirige su mirada al montecillo.

—¡El es! El es! exclaman á un tiempo los dos esqueletos. El que ordenó nuestra muerte, el que nos insultaba en la agonía... ¡Oh! Estas gentes, á pretexto de religion, tratan de resucitar aquellos dias... de matar á los hombres y deshonorar á las mujeres, de saquear é incendiar las poblaciones...

—¡Ah, desdichada madre mia!

—¡Ah, pobre hermano mio!

—¡Desventurada España!

—¡Infeliz pueblo!

Y los dos heroicos soldados, abrumados por el dolor, se desplomaron en la tumba.

FESTEJOS.

No sé dónde lo lei,
no sé dónde lo escuché,
pero la verdad es que
se asegura por ahí.

Por felicidad extraña
y según usos añejos,
vamos á tener festejos
en la capital de España.

Y verán los españoles,
colgando de esquina á esquina,
por leguas la percalina
y por miles los faroles.

Yo, que profeso respeto
á los que ejercen el mando
y me regocijo cuando
me lo mandan por decreto,
propongo á los concejales
un programa de las fiestas,
entre las que inicio estas
que juzgo las principales.

Cuando la luz matinal
difunda el primer albor,
una gran diana por
la prensa ministerial.

A son de hombo y platillo
partirá regocijada
desde la excelsa morada
de Cánovas del Castillo.

Por la calle de Belen
seguirá, siempre soplando
la charanga, no parando
hasta la de la Sarten.

Grandes arcos de verdura
por un arquitecto dúcho;
mucho verde, mucho, mucho,
pero en alto, á buena altura.

Tres corridas muy lucidas
todos los dias del mes,
ya que hay toros para tres
y para tres mil corridas.

Sin caballeros... andantes,
pues le consta al que propone
que el Gobierno no dispone
de caballeros bastantes.

También me parece bueno
que goce el público bobo
con la elevacion de un globo,
de la forma de Toreno.

Y si él no formase quejas
pondría en arco á Posada
para tener, cual Granada,
un arco de las orejas.

Limosnas en los distritos,
y sería el gran favor,
á Campo, Villamejor
y á otros cuantos pobrecitos.

Pirotecnia en las Vistillas,
en Atocha y las Peñuelas,
y poner en las plazuelas
una fuente... de natillas.

Retreta al ponerse el sol,
que será lindo portento,
porque en el Ayuntamiento
debe haber mucho farol.

Se me ha olvidado decir
(y lo siento) al principiar,
lo que deben revocar
y lo que habrá que enlucir.

Pues no está bien que la corte
se presente en esos dias
de inefables alegrías,
en su desastrado porte.

Revóquese prontamente,
mas sin que se pierda rípió,
la cara del municipio,
es decir, del presidente.

No vuelven los forasteros,
aunque los traigan de balde,
sin retocar al alcalde
señor marqués de Torneros.

Además, vayan poniendo,
de modo que no se borre,
una inscripcion en la torre
de los Lujanes, diciendo:

«Por noble corporacion
se restauró este edificio;
tendrá tal vez algun vicio,
que al fin es restauracion.

Mas desde el hondo cimiento,
aunque carton se creeria,
es tan de mampostería
como el mismo Ayuntamiento.»

SIEMPRE LO MISMO.

España tiene la desgracia de que las demás naciones
nunca la hagan justicia.

Tenemos, por ejemplo, un hombre de Estado como Cl

novas. Pues la prensa extranjera apenas lo cita, y en cambio nos repite cien veces cada día el nombre de Bismarck. ¡Bismarck! ¡Vaya un político!

A costa de innumerables esfuerzos, hemos logrado organizar un respetable cuerpo de bandidos que no nos merecemos, y sin embargo, los novelistas sólo hablan de bandidos calabreses y sicilianos.

Podemos envanecernos de irregularidades en la Denda, desfalcos en las cajas y embrollos y agios como nación alguna; y cuando se quieren ponderar inmoralidades, nos hablan del Gobierno, de las Cámaras y de los empleados austríacos.

Esto es para desesperarse, porque es depresivo, injusto.

Por el contrario, que una nación cualquiera ofrezca algún objeto ó algún hombre á la curiosidad pública. Telegramas, correspondencias, alabanzas... Todo lo que puede sugerir la admiración inconsciente.

Un caso entre mil:

El mundo entero está hoy preocupado con ese doctor extravagante, Mr. Tanner, que lleva treinta y tantos días sin comer y espera llegar del mismo modo á los cuarenta.

¿No es para darse á los diablos?

¡Cuarenta días! ¡Vaya un plazo para nosotros!

¿Qué español, no siendo rico ó ministerial, no puede presentar datos justificativos de haber pasado más tiempo sin comer?

Y no hablemos de los maestros de escuela, el ideal de la clase; ni de los constitucionales que no cobran cesantía de ministros, ni son consejeros de Bancos ó ferrocarriles, ó no tienen su familia empleada en el Gobierno; ni de los demócratas que dejaron el poder como no lo dejarán los conservadores, sin dos cuartos de ahorro; ni nadie, en fin, que espere vivir de la política.

Hablemos sólo de los infelices labradores que han perdido fincas, yunta y aperos por no poder pagar la contribucion; de los jornaleros que cobran tres reales cuando trabajan, y tienen seis hijos que mantener; y del obrero que huelga dos meses por falta de movimiento industrial; y de tantos otros como vienen demostrando desde que nacieron la poca importancia que la alimentación tiene en la vida del hombre.

Aquí, donde lo permanente es ayunar y lo accidental comer, ¿aquí se nos viene con noticias de esa clase? ¿Y se admiran? ¿Y se comentan?

Vayan á paseo los extranjeros con sus novedades y sus descubrimientos.

Ese doctor, con sus cuarenta días de abstinencia, es un Heliofábal, un Torenó, comparado con cualquiera de nosotros.

¿Cuándo nos harán justicia los extranjeros!

LOS JESUITAS.

«En las lejanas playas de la Nueva Zelandia se ve nacer alguna vez una planta parásita en el tronco de un frondoso árbol, sin saber hasta ahora cómo sucede eso. Aquella planta pequeña y poco vistosa al principio, crece insensiblemente y forma una especie de vid flexible que adorna el árbol al cual sus verdes pámpanos y sus lozanas flores deben la existencia. A fuerza de chupar el jugo y sustancias del árbol á que está asida, engruesa, crece y se esparra, metiendo por todas partes sus innumerables barrenas que se enroscan á todo cuanto hallan, y se clavan como las garras de un tigre en la carne de la gacela.

Cada una de esas fuertes barrenas es un chupador energético y voraz; así, pues, llega el día en que por la soberbia vegetación del parásito muere el árbol, á no intervenir una mano amiga ó una tempestad propicia que lo libre de la gigantesca sanguijuela vegetal. Puede llamarse dichoso si por sus abiertas llagas no ha perdido las últimas gotas de su savia.

El parásito devorador, al principio pequeño y modesto, y luego orgulloso opresor, es la Compañía de Jesús; el árbol, su apoyo y su víctima, es toda nación en cuyo seno se establece; y cada barrenas tan tenaz y destructora, es un jesuita.»

El símil es bellissimo y gráeco además. Podemos elogiario desapasionadamente porque no es nuestro, sino de un libro que está en prensa y saldrá á luz en breve, para enseñanza de incautos y consejo de crédulos.

No estamos, sin embargo, enteramente conformes con el símil. Creemos, sí, que los jesuitas apoyados por un Gobierno, tienen fuerza todavía para perturbar un país; pero que entregados á sí propios y teniendo que luchar cara á cara con el espíritu moderno, ni son invencibles, ni mucho menos. Les pasa lo que á los matones y á los nobles: viven de la tradicion.

Eso, sí; lanzándolos sobre un país como la España de estos tiempos, sin libertad, sin prensa, sin opinion y sujeta al capricho de nulidades encumbradas, los jesuitas son casi omnipotentes.

Esto es lo triste y esto es lo que lamentamos; que se nos entregue atados de pies y manos al jesuitismo sin poder intentar siquiera la defensa; que invocando dogmas que nadie ataca, porque aquí, despues de todo, sólo hay creyentes ó indiferentes, se nos prohiba ocuparnos de las personas religiosas y discutir sus actos; diéranos esto, y ya verían los señores jesuitas el temor que nos inspiraba su presencia.

¿Que son hábiles, que son sabios? Mejor, así nuestro triunfo sería más glorioso; aunque á decir verdad, desconfiamos de su sabiduria. ¿Hubieran venido á España si supieran lo que se hacen? Puede ser que algún día reaniquen de quien les ha abierto las puertas.

Pero no es esta la cuestion, la cuestion es la siguiente:

Que se nos dé libertad en la prensa para ir al terreno que se nos llame y citar al que nos convenga; que se nos permita oponer á la corriente reaccionaria el digno del progreso, y vengan jesuitas, y no únicamente los expulsados de Francia, sino toda la Compañía. Ya les demostraríamos que sólo son temibles para los pueblos que no luchan fuertemente con ellos, y que les pasa lo que al diablo, que infundió mucho miedo en la Edad Media y hoy nos reímos de él.

¿Por qué no se hace la prueba?

Á BALAGUER,

ESTROFAS CASI TAN MALAS COMO LAS SUYAS.

Leí con entusiasmo el telegrama
de *La Correspondencia*,
en el que nos hablaba de tu brindis
el activo Mancheta.
Era un brindis magnífico; tenia
de tribunicia arenga
dos acentos sublimes, condensados
en una frase enérgica:
«La libertad, la patria antes que todo!»
La frase era muy bella,
y por eso dudé que fuese tuya,
pero, al fin, tuya era.
Nos hablaron despues de otro discurso
en yo no sé qué fiesta,
en el que aún estuviste más valiente
y hablaste con más fuerza.
Tu nombre circuló por toda España,
y fué como promesa
de los nuevos alientos de un partido
que de milagro alienta.
¡Hurra por Balaguer! dijimos talas
los de la buena escuela,
y te puso de moda cuatro días
la pluma de la prensa.
Yo me sentí inclinado á la alabanza
de todas tus endechas,
y hasta llegué á creer que fuese un ave
la tímida gacela.
Entornando los ojos, te veía
orlada la cabeza,

¡ATENCIÓN! A

lo de aque-
aron robar
ar su co-

lica.



Sepan cristianos y moros
La historia del As de oros.



Pinta su pasión à España
y esta le da la Castaña.



Salio à correr caravanas
con tres o cuatro sotanas.



Quemaba las estaciones
y echaba contribuciones.



Auña de si propio escapa
el valiente Carlos Chapa.



En Nabile y Valentino
baila el Can-Can por lo fino



Amigo de los placeres
tiene a pares las mujeres



Dulce y patetea esguela
entrega a una coronela.



Muere un lio à la sazón
y hereda un rico Toison.



De júbilo al ver el As
danza perdiendo el compás



Retratado con su alhaja
parece un rey de baraja



Se le indigesta la cena
una alegre Noche-buena



Le rodean los ingleses
que le piden los parneses.



A Lorenzo en su coraje
le pega y llama salvaje.



Dice à Boet que es urgente
vender el As del pariente.



Por lograr una hermosura
empeña la dentadura.



Con un Conde medio bobo
hace la farsa del robo.



A su tocayo delata
y como ladrón le trata.



Boet declara la verdad
y obtiene su libertad.



Y el As dice en su aflicción
¡Si tuviera otro Toison!

de
la con-
e, de Di-
scrédito.
que con-

con el nimbo dorado de un apóstol,
pero apóstol de veras.
Ehice más; á un sabiendo que se hallaban
en tu nativa lengua,
y no sé catalán, compré aquel día
y lei tus tragedias.
No saqué nada en limpio, por supuesto;
Igual me sucediera
á estar en castellano, en que tampoco
hay nadie que te entienda.
¿Qué ovacion tan magnífica y grandiosa
teníamos dispuesta
para cuando volviesses, como en triunfo,
de la hermosa Valencia!
Mas todo lo has perdido: ya lo dicen
La Mañana y La Iberia;
tu fumosa energía, aquella frase
fué broma de Mencheta.
Si has creído perder por lo supuesto,
te engañas y te obsecas.
¿Cuándo, responde, volverás á verte
en otra como esta?
¿Cuándo tan popular, tu medianía
se elevará á grandeza,
ni quien vuelve á encontrar justificado
tu ingreso en la Academia?
Has sido el favorita de unas horas
de la deidad más bella,
y por necios escrúpulos monjiles
asustado la dejas.
Retrocede, ¿qué importa? No haces falta;
nos sobran almas llenas
aronil aliento, y hombres de esos
que si avoazan no cejan.
ves, la libertad no pierde nada
porque tu brazo pierda,
tú lo pierdes todo: fama, nombre...
¡hasta la lira vieja!
un día te ves abandonado
será por tu flaqueza;
onces, Balaguer, que te consuele
la luna de Valencia.



QUÉ AMOR!

Constitucional, y no de los más templados, sino
amarga, ha querido pegar los dos peda-
los en que se ha roto el fusionismo, y al procurarlo nos
ha revelado cosas constitucionales que tienen gracia.
«¿Cuándo y cómo hemos dicho—exclamó el colega—
que renunciamos á la Constitución del 69 *como ideal*?»
¿Lo han leído ustedes bien? ¡*Como ideal!*
Es decir, que los constitucionales están perdidamente
enamorado de la Constitución de 1869; pero es un amor
como el de D. Quijote á doña Dulcinea, *ideal*.
No pueden, pues, quejarse los que motejaban á tan dis-
tinguidos liberales de nebulosidad en sus opiniones.
Hoy ya saben todos los puntos concretos á que en este
particular hay que atenerse.
La Constitución de 1876 para gobernar, para imitar á
Cánovas, para satisfacer los apetitos del partido moderado
como Cánovas los satisface...
Y la Constitución de 1869 para el amor ideal, para las
meriendas campestres y para obtener de los diarios demo-
cráticos un aplauso de cuando en cuando.
O lo que es lo mismo, imitando á aquel actor que se
ponia bajo el traje de fraile el uniforme de miliciano, los
constitucionales representarán con la Constitución de 1876;
que viene un conflicto y silba el público, entonces se re-
mangarán el sayal y enseñarán la Constitución de 1869.
¿Y dicen ustedes que son tontos los progresistas? ¡Cu-
cos y muy cuco, digo yo que son!
¡Ah! Y además inmorales... ¿Cómo puede componér-
se un hombre para tener dos amores de un modo equi-
voco y legal? Que es la pregunta de aquella copla.

¿Cómo quieres que una luz
alumbre á dos aposentos?
¿Cómo quieres que yo adore
dos carzones á un tiempo?

Hay hombres que han resuelto este problema en la vida
real teniendo una esposa y una querida; una mujer á quien
dar el brazo, á la que enseñan en todas partes, á la que en
voz alta llaman *mi costilla*, y otra moza para quien son
los sacrificios, el arrebato del amor y el afecto misterioso.
Cuando la esposa oficial descubre los amores clandesti-
nos, el marido contesta.

«Es un entretenimiento, son amores pasajeros y poco
sólidos; mi amor firme es para tí, tú sola reinas en mi co-
razon, donde no tiene cabida *la otra*.»

Ahora bien, entendámonos. Ya que al partido consti-
tucional se las echa de francote, dé al país una prueba
de franqueza y dígame: De las dos Constituciones ¿cuál
es la legítima y cuál es la ilegal? ¿Cuál de ellas es esposa
y cuál querida?

El asegurar que gobernarán con la de 1876 y amarán á
la de 1869, nos hace presumir que á esta última se la re-
serva el papel de *la otra*, es decir, el de manecba.

A la más moderna la elevan á la categoría de cónyuge.
A la más antigua, á aquella bajo cuyo amor han vivido,
á la que deben más afecciones, la rebajan á la condicion de
barragana.

Convergamos en que en este punto, no brilla por sus
escrúpulos el partido constitucional.

Y hay maliciosos que suponen que si aún hablan esos
señores de su amor á la Constitución de 1869 es por un
resto de pudor que aún se conserva en sus pechos.

También nosotros queremos á la Constitución del 69,
no para querida, sino para compañera de por vida, para
amante única, y excusado es decir que teniendo quien la
trate como señora no ha de contentarse con quien sólo la
ofrece amoríos ideales.

A los constitucionales no les sirve sino para postres de
campo, despues de la *paella*; á nosotros nos sirve para
acompañarnos en nuestra peregrinacion por el mundo.

Me parece, pues, que les quitamos á los constituciona-
les la novia.



Se ha referido que un cura
apostrofé el otro día
en una forma harto dura,
á uno que se reía
con nuestra caricatura.
¿Si nos habrá excomulgado
el presbitero ofendido?
Pero yo nada he notado,
porque como y he dormido
cual un bienaventurado.



Dice *El Fenix*, hablando del proceso del Toison, que el liberalismo
ha enseñado demasiado las carnes.

Hombre, no; quien las enseñó demasiado, segun parece, fué aquella
corista húngara.

Que lo diga D. Carlos.

El mismo papel, volviendo al liberalismo, añade que ha baidado un
asqueroso *can-can* levantando las piernas hasta la altura de la desver-
güenza.

A esta altura está la ilustracion de los neos.

¡Para el tonto que no crea que habló la burra de Balaam!



Un periódico carlista:

«Los liberales no han cogido á Boet ni de la mano ni de la oreja.»

Eso es verdad; ustedes sí.

Hasta le cogieron del brazo y pasearon juntos.

